

temporáneos, algunos tan cercanos a él como Lugones, Güiraldes y Capdevila, en la teosofía que hacía estragos entonces, como hoy otras sectas orientalistas, y a la que calificó de funesta, refiriéndose a la «iluminación» de Gustav Meyrink, ni tomaba demasiado en serio el esoterismo y ocultismo aún más extravagante de su amigo Xul Solar.

## La filosofía borgeana

¿Puede ubicarse a Borges en alguna línea o escuela filosófica determinada? Los exégetas difieren. Jaime Rest,<sup>75</sup> basado en sólidos argumentos y con abundantes citas, lo ubica rotundamente en la línea del nominalismo, de la filosofía analítica anglosajona. Juan Nuño<sup>76</sup>, con argumentos igualmente sólidos y la misma abundancia de citas, proclama: «Si aun contra su repetida modestia, se acepta hablar de la filosofía de Borges, ésta se podría reducir a un platonismo raigal». La frecuente eliminación de la identidad personal y la multiplicidad en las narraciones de Borges en las que cada personaje puede ser el otro y cualquiera ser todos, cualquiera ser el mundo, alentó la interpretación de Ana María Barrenechea<sup>77</sup> de un panteísmo nihilista, y de Jaime Alazraki<sup>78</sup> de un panteísmo espinozista.

Borges se burlaba de esas interpretaciones. En una oportunidad dijo contestando a quienes lo calificaban como idealista que ser idealista sería creer en algo y él no creía en nada, era un escéptico, a lo cual se le podría haber contestado que en tal caso creería en el escepticismo, y caería en la contradicción lógica característica de todo escepticismo. También en política se consideraba un escéptico; en un reportaje de *Le Monde* de 1978 decía, justificando su afiliación al partido conservador: «Ser conservador en Argentina es una forma de escepticismo político». Pero es que ni siquiera se permitía que se lo considerara filósofo. En su entrevista con Milleret (1967) dijo: «Quieren hacer de mí un filósofo y un pensador, pero es cierto que repudio todo pensamiento sistemático porque siempre tiende a trampear»<sup>79</sup>. En 1973, en la entrevista con María Esther Vázquez, declaraba: «Yo quería repetir que no profeso ningún sistema filosófico, (...) aquí podría coincidir con Chesterton, el sistema de la perplejidad (...) Yo no tengo ninguna teoría del mundo. En general, como yo he usado los diversos sistemas metafísicos y teológicos para

<sup>75</sup> Jaime Rest, *El laberinto del universo. Borges y el pensamiento nominalista*, Buenos Aires, Librería Fausto, 1976.

<sup>76</sup> Juan Nuño, *La filosofía de Borges*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

<sup>77</sup> Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, México, Colegio de México, 1957, Buenos Aires, Paidós, 1967.

<sup>78</sup> Jaime Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, Madrid, Gredos, 1968.

<sup>79</sup> Jean de Milleret, *Entretiens avec Jorge Luis Borges*, París, Pierre Belfond, 1967.

fines literarios, los lectores han creído que yo profesaba esos sistemas, cuando realmente lo único que he hecho ha sido aprovecharlos para esos fines, nada más. Además, si yo tuviera que definirme, me definiría como un agnóstico, es decir una persona que no cree que el conocimiento sea posible» (...) «No soy filósofo ni metafísico. Lo que he hecho es explorar o explotar —es una palabra más noble— las posibilidades literarias de la filosofía. Creo que esto es lícito»<sup>80</sup>. En la entrevista que le hizo Antonio Carrizo en 1979 reiteraba: «Se me han ocurrido fábulas con temas filosóficos pero no ideas filosóficas. Yo soy incapaz de pensamiento filosófico»<sup>81</sup>. A Enrique Anderson Imbert le decía que él no podía seguir un problema filosófico hasta la raíz y establecer concepciones sobre los diferentes problemas filosóficos<sup>82</sup>. La filosofía para él se reducía, por tanto, a la literatura, y más aún a un género determinado: la literatura fantástica. Seguramente los filósofos de la ciudad utópica de Tlön eran portavoces del autor cuando juzgaban «que la metafísica es una rama de la literatura fantástica»<sup>83</sup>. En *Historia de la eternidad*, afirmaba que «en el terreno filosófico, Alemania sólo poseía una literatura fantástica»<sup>84</sup>. En *Otras inquisiciones* sostenía: «Las invenciones de la filosofía no son menos fantásticas que las del arte» y en el epílogo de la misma obra reconocía su tendencia «a estimar las ideas religiosas o filosóficas, por su valor estético y aun por lo que encierran de singular y de maravilloso. Esto es quizás, indicio de un escepticismo esencial»<sup>85</sup>. En otra parte reafirmaba: «Yo he compilado alguna vez una antología de la literatura fantástica (...) pero delato la culpable omisión de los insospechados y mayores maestros del género: Parménides, Platón, Juan Escoto Erígena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz, Kant, Francis Bradley. En efecto ¿qué son los prodigios de Wells o de Edgar Allan Poe (...) confrontados con la invención de Dios, con la teoría laboriosa de un ser que de algún modo es tres y que solitariamente perdura fuera del tiempo? ¿Qué es la piedra bezoar ante la armonía preestablecida, quién es el unicornio ante la Trinidad (...) qué son las noches de Scherezada junto a un argumento de Berkeley?»<sup>86</sup>. «Pensar en Dios es una forma de literatura fantástica» (...) «La *Suma* de Santo Tomás es un libro de ciencia ficción o de ficción simplemente, mejor»<sup>87</sup>.

<sup>80</sup> María Esther Vázquez, Borges, Imágenes, memorias, diálogos, Caracas, Monte Ávila, 1977.

<sup>81</sup> Antonio Carrizo, Borges el memorioso, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

<sup>82</sup> La Nación, 24 de agosto de 1986.

<sup>83</sup> «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», Ficciones en O.C., pág. 436.

<sup>84</sup> Historia de la eternidad, O.C. pág. 4.

<sup>85</sup> Otras inquisiciones. O.C. pág. 775.

<sup>86</sup> Nota al libro After Death of L.D. Weatherhead., págs. 145-146, citado por Juan Nuño, obra citada, pág. 33.

<sup>87</sup> Conferencia, 1984.

Borges, que no leía ni estimaba a Heidegger, coincidía sin querer con éste cuando en su última época, siguiendo la huella de Nietzsche, se proponía sacar a la filosofía del campo de la ciencia para llevarlo al de la poesía, y en «Sobre la experiencia del pensar» hacía la filosofía en forma de poema. Tras Heidegger, Jacques Derrida y los deconstructivistas enseñaron a leer la filosofía como una tradición literaria entre otras. Richard Rorty, que intenta sintetizar el neopositivismo con Heidegger y Derrida, afirma que «la filosofía es más un tipo de literatura que algo ligado con el pensamiento científico». Si la filosofía es literatura, lo más adecuado, para analizar los problemas filosóficos no serían ya los filósofos profesionales sino los críticos literarios; Roland Barthes, Maurice Blanchot, Julia Kristeva, los culteranos redactores de la revistas *Tel Quel* y *Poétique*, adquirieron, de ese modo, una inusitada categoría filosófica. Ése fue el ambiente propicio para la borgeomanía parisina.

La reducción de la filosofía a literatura se justificaba en Borges, porque ésta se hace con palabras, y para él, la filosofía misma era también cuestión de palabras; los estructuralistas dirían en su jerga: «discurso». Borges proclamaba en *Discusión*: «(...) coordinación de palabras (otra cosa no son las filosofías)»<sup>88</sup>. Precisamente esta reducción de la literatura a lenguaje es lo que lo acercó más a ciertas filosofías contemporáneas, el positivismo lógico, el Círculo de Viena, la filosofía analítica anglosajona, a los que, sin embargo, él no leía y que a su vez lo desconocían. Sthor, un representante del Círculo de Viena, había afirmado: «La metafísica es un poema estilizado».

No ocurrió lo mismo con los estructuralistas franceses y los posestructuralistas o deconstructivistas a los que Borges tampoco leía pero éstos, sí a él, al punto de convertirlo en uno de sus ídolos. Michel Foucault partía en *Las palabras y las cosas* de una ocurrencia de Borges para deducir el sinsentido de la historia. Borges se ocupaba con frecuencia de mitos y sagas de pueblos primitivos; el estructuralismo había hecho un mito del mito. Tanto la filosofía analítica como el estructuralismo coincidían con Borges, aunque por otras razones, en que los problemas eran verbales, los contenidos del pensamiento se reducirían a formas lingüísticas, la verdad y el error serían cuestión de palabras.

Esta corriente ideológica, a su vez, fomentó en los escritores un formalismo literario despojado de todo contenido, despreocupado por los problemas de la sociedad y del hombre. Los estructuralistas no se escandalizarían porque Borges, a partir de su esencial indiferencia, sostuviera una idea filosófica o religiosa con la misma convicción o falta de convicción que la contraria, ya que lo único que le interesaba de éstas era su valor estilístico.

<sup>88</sup> *Discusión*, O.C., pág. 258.